

# La religión de Vega

Fonseca, Rita

---

**Rita Fonseca:** Escritora y crítica brasileña. Ex-artista plástica. Vivió gran cantidad de años en la Argentina; actualmente reside en Venezuela.

---

El Panadero me rodeó por detrás de la cintura mientras susurraba a mi oído: «Ven a ver la Cortina de humo, corazón, que sube y se aleja». Su invitación era sumamente perentoria, tanto que apenas alcancé a sujetar mi copa que él ya me llevaba como a la rastra hasta la ventana. Una vez frente a ella creyó innecesario seguir con el abrazo, de manera que los dos quedamos a la par, mirando hacia lo lejos desde el gran ventanal que domina la Bahía.

Efectivamente, la Cortina de humo parecía estar en su apogeo; tan solo pensar en cada una de las partículas que conformaba esa tupida y volátil maraña de oscuridad, que ya sentía una confusa mezcla de ansiedad, pena y admiración. Ansiaba estar en su interior, envidiaba el agua de la playa y el aire de la costa que en esos momentos estaban impregnándose de aquella materia turbia, espesa, etérea; y que permitían al mismo tiempo que ese nubarrón venenoso fuese respirable, cruento, aunque ¡ay! también prohibido. Del impedimento general para dirigirse hasta allí, y respirarlo, derivaba mi defraudación, pero también de la ignorancia: qué no habría dado en ese momento por conocer los nombres de las sustancias que componían la Cortina. Poseía vagas referencias, más que nada resonancias fonéticas cuya misma imprecisión arrojaba una sospecha de falsedad, de duda, respecto de la existencia concreta y real de sus componentes; ¿Aspesto?, ¿cardón?, ¿oripulsión?, ¿mergulio? «Imagínate», dije, como ensoñada y alargando la vista antes de sorber mi ron.

Quería indicarle al Panadero mi asombro elogioso y mi desconsuelo irrefrenable por no poder alcanzar el centro de ese paredón tumultuoso para aspirar aquel aire cargado de olores industriales. Densas volutas de humo negro se retorcían, comprimiéndose y dilatándose, sólo obedientes a los mandatos de las pesadas nubes amarillas, que parecían querer arrastrar hacia abajo a toda esa familia fumígena, incluyendo a los copos blancos cuya evidente férrea compacidad se veía, apenas entrevista, inmediatamente desmentida por la breve y exitosa arremetida del humo marrón. Así, violento y veloz, era como se mezclaba todo. «Quién fuera humo oscuro para cubrir tu blancura», me lisonjeó el Panadero en tono meloso. Era la primera vez que veía la Cortina, a pesar de que su fama había ya hace mucho trascendido la

ciudad. Así somos los nativos de otras tierras: siempre atentos a nuestro pasar pero sin interesarnos por nuestra querida Urbe adoptiva: Vega.

No obstante haber sido durante decenas de años denostado y a su modo envilecido, el humo conserva en Vega una dignidad secreta y silenciosa que parece provenir de la historia; como así también ejerce un poder de sugestión casi mágico que aparenta derivar de un pasado para todos tan impreciso como latente. De ahí las aglomeraciones silenciosas y desperdigadas como distraídas, para observar la Cortina los días de humo, como se denominan las jornadas cuando se levanta la Cortina de humo.

Antes resultaba imposible no respirar gases tóxicos, después - mientras siguió siéndolo - pasó también a ser considerado nocivo. Más tarde se lo prohibiría; no su existencia, sino su respiración. Las empresas encargadas fueron cada vez más eficaces en disminuir su necesidad y en restringir su aparición y sus bocas de exhalación. Así fue como arribamos prácticamente hasta la situación actual: el humo necesario, pero acotado - distanciadamente adorado - lo digo por los controles que impiden acercársele - pero enaltecido de manera indirecta - lo digo por las disposiciones que prohíben reivindicarlo, contemplarlo, aludirlo, invocarlo, propenderlo -. De este modo es como se practican entonces unos festejos populares y clandestinos al mismo tiempo; son como carnavales del disimulo. Las familias de Vega se reúnen, cuando conocen el dato de la próxima suelta de humo de manera aparentemente casual: niños de la mano de sus padres, parejas de enamorados caminando distraídas, ancianos sentados conversando atentos a su charla y al mismo tiempo al paso del resto de la gente. Bien; este cuadro, perfectamente natural en cuanto a la amplitud de conductas, los días de suelta de humo se concentra en el espacio de una cuadra y es representado por millares de personas.

«Imagínate», repetí indicándole al Panadero la multitud que se agolpaba distraídamente sobre el paseo costero, a quinientos metros de la Cortina, como si todos estuvieran dando una caminata inocente; tranquilos, pero brutalmente concentrados. Esto lo podíamos ver el Panadero y yo desde arriba. Estaban todos agolpados en esa franja de cien metros que hace las veces de acceso al túnel que conduce a la playa. Desde allí la visibilidad era la óptima y toda esa gente apiñada producía el extraño efecto de parecer una inmensa manifestación cívica que intenta disimular su número y clandestinidad con la sencilla actitud de cada uno de los individuos de actuar como si estuviera solo.

Alrededor de la masa de adeptos, no había nadie en doscientos metros a la redonda; todos estaban como absorbidos por la contemplación. «Es fantástico el humo», habló el Panadero, «¡lástima que uno no siempre pueda estar donde lo sueltan». Como casi todos los Veguenses, es un consumado fanático de los desechos. Asiste siempre que puede a la Cortina de humo, al Disparo cloacal y a la Sublimación de basura. El escarnio que las autoridades de Vega intentan inducir en la población hacia las excrecencias no se compadece con la admiración de los Veguenses por el espectáculo de su furtiva aparición, previa a la despedida.

Una vez fui testigo de las aglomeraciones que calientan la Avenida del Asfalto: decenas de miles de Veguenses pugnaban por llegar hasta la zona donde a la tarde siguiente se efectuaría el Disparo cloacal. El lanzamiento - los lanzamientos - pueden extenderse durante horas, lo cual de algún modo los hace sobrellevar la espera con algo de consuelo. Yo estaba con el Semiólogo en un apartamento elevado desde cuyo ventanal se dominaba el conjunto de la Avenida. Recuerdo que en aquella oportunidad su anchura irreal se tornó verdadera: hileras ordenadas de Veguenses se perdían en la profundidad de la lejanía componiendo líneas paralelas que de algún modo escandían esa anchura inverosímil del Asfalto. Con seguridad aguardaban ingresar a la Olla, el sitio desde donde por lo general se efectúan los Disparos. No obstante que desde la semana anterior la Infantería de Vega había bloqueado el ingreso, la multitud, con su ardid acostumbrado, aparentaba estar por la zona de manera casual. Tan solo ver esos rostros que para hacer creer a los Infantes que no perseguían otro fin que el esparcimiento desinteresado debían necesariamente comportarse como si no tuvieran a nadie alrededor; tan sólo eso ya nos suscitaba al Semiólogo y a mí un asombro más que respetuoso por aquella monumental capacidad teatral que demostraban poseer los ciudadanos de Vega. En cierto momento, muchos de pronto comenzaron a restregarse la nariz: era evidente que faltaba poco para el primer disparo. No lo hacían con molestia, sino con un poco de placer y un tanto de ansiedad, tal como la gente se restriega los ojos antes de comenzar la película: Semejante al humo, el bolo cloacal parecía suscitar un misterioso sentimiento de pasividad y aquiescencia espiritual, como si los asistentes estuvieran oficiando un culto cuyas pautas y detalles ignorados provinieran del fondo de la historia.

Estábamos los dos frente a la ventana, veíamos cómo se perdía a lo lejos, en línea recta, la Avenida del Asfalto prolijamente saturada de familias Veguenses, y el Semiólogo exclamó: «Imagínate», señalando con su vaso de ron la conmoción unánime que de la multitud se levantó ante la inminencia del Disparo. Fue extraño; debido a la altura y al sellado de las ventanas no podíamos escuchar exclamación ni ru-

mor alguno, y sin embargo el - antes que yo - fue capaz de percibir cierto indicio en el aire. ¿Habría sido que la multitud se sobrecogió simultáneamente?

A los pocos segundos vimos el primer meteorito atravesando la lejanía. Era una especie de bala de cañón gigantesca, que debido también a su peso dibujaba contra el cielo una elipse abrupta, un arco cerrado y casi trunco de acuerdo a su descenso prácticamente vertical. De todos modos las autoridades de Vega lograban a medias su objetivo, que era desembarazar a la ciudad de la acumulación y liquidar los desechos de manera fugaz, preferiblemente desapercibida y olvidable - esto último dudo de que lo consiguieran efectivamente -. Los proyectiles cloacales, debido a la fuerza de rotación impresa por el disparo, giran al principio de su trayectoria a una velocidad frenética. De ahí que los Veguenses más próximos a la Olla se salpiquen un poco. El orgullo y entusiasmo que tal suceso les provoca sólo es comparable al mío frente a la Cortina de humo; luego son capaces de no bañarse por días - aunque nunca olvidan exclamar, en el momento de pasar frente a los Infantes, que estaban por casualidad en la Olla cuando se vieron ingratamente sorprendidos por un Disparo -.

Vega es una ciudad típica. Tiene una población de cinco millones de personas, y todas ellas habitan en el Atmosférico, el conjunto de zonas urbanizadas que limita con el sector convexo de un imaginario arco paralelo a la curva que describe la Bahía.

Detrás del Atmosférico está el Campo; una extensión de tierra plana que se extiende hasta el horizonte. Allí conviene no perderse, ya que el calor diurno o el frío que se levanta por las noches aniquilan a cualquiera. Entre el Atmosférico y la Bahía se ubican los Espacios Públicos: sitios de recreación, de trabajo, de mercados, y de estudio. De este modo Vega es una ciudad habitada en su Periferia; no existen zonas céntricas, o en todo caso lo Céntrico constituye una categoría meramente espacial.

Como todo el mundo, los Veguenses están acostumbrados a convivir con demasiadas palabras que remiten a instancias genéricas, no individuales; se sabe que el abedul, el ciruelo, la acacia, el mango o el pino son árboles pero nadie conoce cómo son; nadie dudaría de que el mirlo, el gorrión, la guacamaya e incluso el hornero constituyen pájaros, pero no existe una sola persona que pueda describirlos o identificarlos. No es necesario enumerar los nombres del resto de las especies animales que tampoco pueden ser descriptas, ni el conjunto de denominaciones, circunstancias y utensilios de los cuales sólo se conocen sus nombres. De este modo, resulta claro que los Veguenses se encuentran alejados del mundo natural propiamente di-

cho, lo cual evidentemente no es lo mismo que admitir que carecen de naturaleza. Su naturaleza propia radica en la distracción, el disimulo, la adoración casi ferviente a todo aquello que constituye simulación, exceso o desperdicio.

Justamente, recuerdo la tarde cuando, hace muy poco tiempo, estaba con el Matemático tomando unos tragos en un apartamento desde donde se vería una inminente Sublimación de basura. Un amplio ventanal dominaba la zona se Usina Larga. Al reflejar la luz del sol, las placas de fibra que cubrían la secuencia interminable de pabellones resultaban de un color ceniza, incandescente y casi líquido, como si fueran inmensos rectángulos de plata, absolutamente planos, que estuvieran colocados allí para reflejar el cielo. A lo lejos, mas allá de los alambrados que impedían el acceso a Usina Larga, el Matemático y yo veíamos cómo los residentes de Vega se agolpaban distraídos, configurando, a la manera habitual, una impávida concentración multitudinaria.

No había nada para hacer por allí, los amplios terrenos que circundan a Usina Larga son páramos inservibles, despojos de tierra carentes del menor atractivo; sin embargo ellos ahí estaban, con niños en brazos y ancianos sentados en sillas plegables que se ventilaban con abanicos de palmas. Había un Infante cada diez metros, y evidentemente estaban más atentos a descubrir el gesto del Veguense que reflejara interés por la Sublimación que a impedir alguna hipotética entrada, de hecho imposible. Los residentes todos - familias, parejas de novios, grupos de adolescentes, contingentes de compañeros de trabajo, conjuntos de ancianos - charlaban y se movían como si la casualidad los hubiera convocado en la Usina. De pronto apareció una pluma con un prodigioso cubo de basura colgando del guinche.

Inadvertidamente los Veguenses levantaron la vista, como si estuvieran mirando para otro lado, y de manera natural se turnaban entre todos para observar la Sublimación con disimulo. Muchos silbaban.

El Matemático y yo podíamos mirar con impunidad, estábamos a suficiente altura como para no ser descubiertos. Al rato hubo un instante en el que pareció detenerse el tiempo; de algún modo habremos percibido cierto estremecimiento general cuando nos quedamos paralizados frente a la ventana sosteniendo nuestros vasos de ron, sin hablar y sin tocarnos. La incandescencia que proyectaban los techos de los pabellones, cual si fueran llamaradas blancas de calor, nos impedía ver el extremo del gancho desde donde colgaba el ominoso cubo de residuos. El silencio invadió el aire, un débil y breve temblor registró el cristal de la ventana. Después vimos cómo la pluma retrocedía, ya liberada de su carga, para buscar la próxima. Así se

repitió esta operación durante un par de horas, y todo el tiempo los reflejos nos impidieron ver la mecánica de la Sublimación.

Después iríamos con el Matemático a recostarnos sobre un sofá. Me tocó un hombro y me dijo, mirando fijamente su vaso de ron, enturbiado por el hielo, como si observarlo lo ayudara a reflexionar: «Me gusta Vega». Me gusta Vega, repitió. «¿Te has fijado que la gente recuerda mientras camina?». «¡Imagínate, chico!», le contesté por decir algo, sin comprender qué estaba diciendo. Se sintió invitado a continuar: «En los Espacios Públicos, o en los bulevares del Atmosférico, cuando veo a dos personas caminar inmediatamente me doy cuenta de que están reconstruyendo alguna historia», agregó sin mirarme. «Incluso cuando veo a alguien que anda solo, sin compañía, igualmente sé que con sus pasos, a medida que avanza, va intrigado intentando hacer memoria». No dije nada, me puse a mirar también mi vaso y apoyé la mano en su pierna, mucho más arriba de la rodilla, como para cambiar de tema. Pero el Matemático se aferraba a lo suyo. «En tres cuadras es posible describir una infancia, adolescencia y temprana adultez; con una cuadra y media más ya se puede llegar hasta la senilidad. Y siete cuadras», dijo, «siete cuadras alcanzan para rememorar una vida entera, otra hasta los 35 años, y también un viaje y una fiesta de cumpleaños a la que encima no se asistió». «La cuenta da exacta», agregó. Ni se me ocurrió discutirle; él como Veguense podía tener sus argumentos y razones.

Hace poco vi a dos niños disputar alegremente por un trozo pequeño de plástico. Estaban en la barranca del río Río Vega y lo habían encontrado después de escarbar un largo rato la tierra. El descubrimiento fue producto de la casualidad y verdaderamente aquel pedazo insignificante no tenía nada de particular; sin embargo los dos chiquilines se aferraban a la pieza por cada una de las puntas y empujando hacia atrás querían ver quién se quedaría con ella. Yo estaba tomando unos tragos con el Agrimensor, y veíamos esa imprevista cinchada desde un ventanal elevado. Los dos observábamos en silencio a los niños, con nuestros vasos en las manos, inmóviles y de pie frente a la ventana. Después de un rato, como si sopesar su trago le ayudara a pensar, el Agrimensor me dijo: «Lo que habrán tenido que caminar aquellos niños para conseguir ese trozo de plástico; debe tener como cien años». «Imagínate», respondí a falta de algo mejor para decir; pero inmediatamente recordé al Matemático. «¿No será que el Agrimensor utiliza un lenguaje metafórico?», pensé.

Encontrar rastros del pasado parecía implicarse misteriosamente con la idea de andar; hallar algo más antiguo necesitaba de una hipotética caminata mas larga. Así

fue como entonces comprendí con claridad la reflexión del Matemático; y como, de un modo más amplio, me resultaron más comprensibles los hábitos de los Veguenses con relación a sus excrecencias. Para ellos su eliminación podía parecer una acción inocua, pero los atraía de manera misteriosa hasta el punto de peregrinar por todo Vega con el fin de contemplar los desechos - o sea su propia experiencia personal, biológica e industrial convertida en desperdicio - como si fuera el núcleo fundamental de una religión olvidada y natural al mismo tiempo. Es así como desde aquel día entiendo mejor a los Veguenses, tanto que me parece subalterno considerar si asistir a los Disparos, Sublimaciones o Cortinas es una manera de recordar o a la inversa: si rememorar es una forma de participar de la evacuación de desperdicios.